

y Bamberg, para cortar las comunicaciones de Napoleon, y el ejército se componía de 103,235 prusianos, de 16,000 sajones y de 1,000 weimarenses, formando un total de 120,235 hombres.

A estas fuerzas había que agregar el cuerpo del general Schmettan, que con 50,000 prusianos y soldados de Hesse-Cassel debía marchar por Fulda, y el del general Kalkrenth, que tenía que dirigirse por el Hannover. Contando con las reservas del príncipe Eugenio de Wurtemberg, en Magdeburgo (17,367), del general Thiele, en Silesia (14,579), y del general Grawent, también en Silesia (25,278), el ejército prusiano se elevaba á la cifra de 242,694 combatientes (1).

Todo este ejército debía ponerse en movimiento el 15 de



Batalla de Austerlitz: Napoleon dando la señal de ataque.

jornadas detrás de aquella plaza dirigiéndose á los caminos por los cuales llegaban los refuerzos de Hungría. Esto fué lo que propuso Kutusoff en el consejo de guerra que se celebró el día 24 de noviembre, y á tal proposición asintió indudablemente el príncipe Czartoryski. El general austriaco, príncipe Schwarzenberg, era también contrario á la idea de librar una batalla decisiva antes de tiempo. Pero el emperador Alejandro no prestaba entonces oído mas que á sus jóvenes ayudantes Dolgoruki y Winzingerode, y alucinado por la impresión que en él había producido, durante la revista militar por él pasada, el aspecto marcial de sus guardias (2), hizo que la resolución fuese favorable al inmediato comienzo de la lucha, como lo deseaba también al parecer el general Weyrother.

El día 27 de noviembre púsose en marcha el ejército, dividido en cinco columnas, y salió de Olmutz en dirección al

(1) Véase *Los preparativos de guerra en Prusia y planes de operación de 1805*; en los *Documentos sueltos para la historia militar*, publicados por el gran Estado Mayor general, tomo I, pág. 10. Berlin, 1883.

(2) Bernhardt: *Memorias del conde Toll*, 2.ª edición. Leipzig, 1865, tomo I, pág. 164.

diciembre y comenzar en seguida sus operaciones si en el entretanto se recibía la respuesta negativa que era de esperar diera Napoleon á las proposiciones del conde Haugwitz.

Era, pues, preciso refrenar el ardor bélico y aplazar el ataque hasta el 15 de diciembre. Sin embargo, la manutención era difícil, pues los almacenes que para la guerra se habían establecido y preparado en Suabia habían caído en poder del enemigo, y como nadie había pensado en que pudiera hacerse la guerra en Moravia, los ejércitos que á la sazón querían permanecer allí se encontraban completamente desatendidos. Sin embargo, la carencia de provisiones, que hizo precisa la evacuación de Olmutz, no debía ser causa de que se atacara á Napoleon, pues podía retroceder hasta dos

Sudoeste, es decir, hacía Predlitz por Prosnitz. El día 28 siguió su camino hacia Wischau, donde el príncipe Bagration hizo prisionero á un escuadrón de la caballería de Murat y rechazó á otros dos que, procedentes de Ransnitz, habían acudido allí. El emperador Alejandro asistió á este combate de las avanzadas, y la alegría con que avanzaban los suyos y la rapidez con que habían retrocedido los franceses contribuyeron poderosamente á que el novicio emperador creyera la victoria sobre aquel enemigo mas fácil de lo que en realidad era.

Napoleon, por su parte, también había presenciado el combate y dispuesto que cesara antes de que tomara mayores proporciones. Cuando por la tarde regresó á su cuartel general de Brunn encontró al conde Haugwitz, que le había sido enviado para notificarle la intervención armada de Prusia.

Acerca de lo que entre ellos dos ocurrió en Brunn estamos malísimamente informados. La memoria oficial que escrita por el conde Haugwitz se publicó en Viena en 2 de diciembre de 1805 (3) no refiere nada, y solo reproduce impresio-

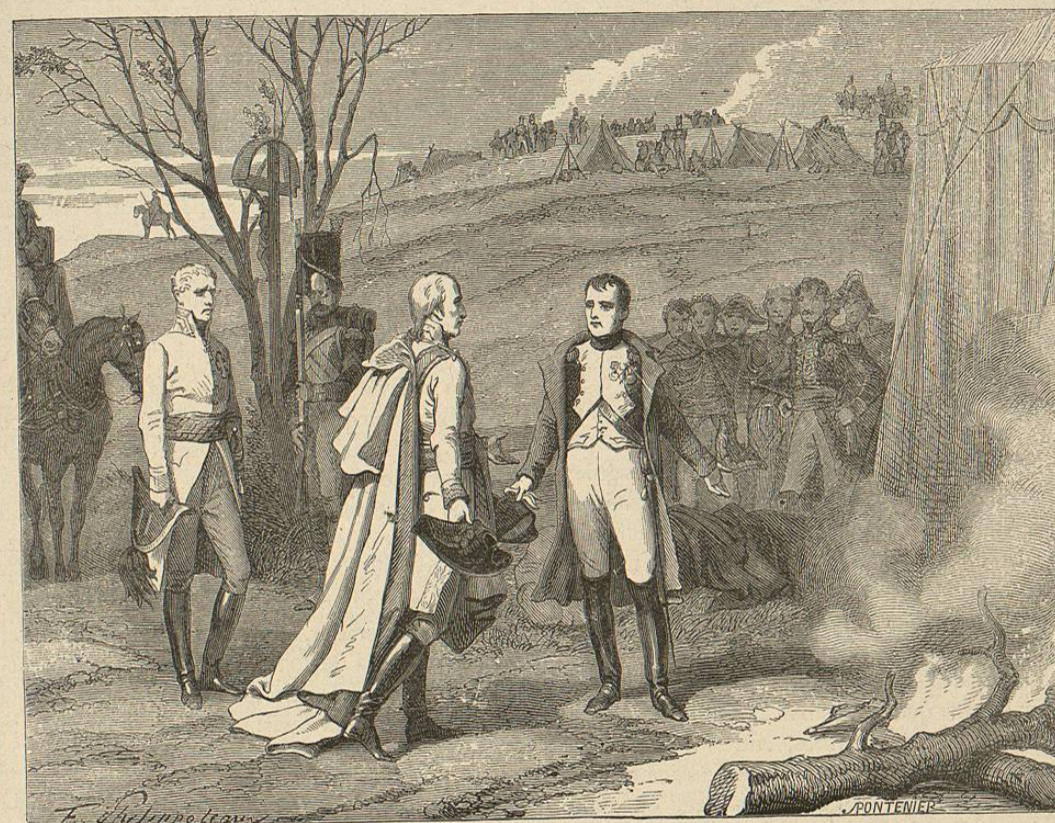
(3) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 190-195.

nes, especialmente aquellas que durante todo este tiempo dominaron al citado conde y á las cuales anteriormente no se había prestado atención.

El mismo Haugwitz manifiesta que su entrevista con el emperador duró desde las tres á las siete de la tarde, es decir, cuatro horas, pero acerca de lo que en ella se trató solo refiere algunas generalidades. «El emperador me recibió — dice — con extrema frialdad. Después he sabido que estaba dispuesto á oír, si no amenazas, por lo menos condiciones que le dictara un mediador puesto antes de acuerdo con las potencias que le hacían la guerra para imponérselas de grado ó por la fuerza de las armas. Su resolución estaba tomada y si yo hubiese añadido una sola palabra que confirmara lo

que él creía, le hubiera impulsado á firmar una paz especial con el Austria y á dirigir todo su furor y sus fuerzas contra Prusia. El conde Stadion, que tenía plenos poderes para negociar la paz con Francia, había partido y sido enviado á Viena para continuar las negociaciones á este fin entabladas.» De suerte que el conde Haugwitz opinaba que Austria estaba á punto de abandonar la guerra, de firmar la paz á toda costa y de entregar á las iras de Napoleon á los que habían confiado en su apoyo.

Refiere, además, Haugwitz que solo usando con prudencia y ductilidad de la confianza que el emperador tenía puesta en su criterio moderado, había conseguido desviar las primeras manifestaciones de su desagrado, de suerte que el em-



Entrevista de Napoleon y el emperador de Austria

perador, antes de transcurrir la primera hora, había comenzado á identificarse con la idea de la mediación de Prusia y á escuchar benévolutamente la proposición de una garantía de paz general en el continente.

Pero antes de reconocer la intervención de Prusia puso dos condiciones: primera, que se prohibiese en absoluto á las tropas rusas, hannoverianas ó suecas traspasar las fronteras de Holanda y hacer en ésta la guerra desde la Alemania del Norte; y segunda, que se concediera á la fortaleza de Hameln, que, sitiada por los prusianos, se veía expuesta al hambre, mayor espacio para su aprovisionamiento. Ambas cosas las había él prometido bajo su responsabilidad y suplicaba al rey que confirmara y cumpliera estas promesas.

Terminada la entrevista y apenas había regresado Haugwitz al cuartel general, llegó á éste Caulaincourt, y le dijo: «Es inminente una batalla, y S. M. cree que en la confusión que ésta produciría, vuestra seguridad correría peligro. Deseando indicaros un lugar seguro, os invita á que os dirijais á Viena.» Preparáronse inmediatamente los caballos necesarios y la guardia de corps del emperador acompañó al conde á Viena, á donde llegó en la noche del 30 de noviembre.

Haugwitz no hizo, pues, mas que proponer la mediación

de Prusia, pero nada dijo acerca del programa que llevaba para establecerla, pues temió que descubriéndolo no hubiera conseguido mas que precipitar la paz especial con el Austria. Es imposible decir hasta qué punto era fundado este temor. Lo que hay de cierto es que para el hecho de armas decisivo que se presentaba con el carácter de inminente era indiferente lo que Haugwitz, en Brunn, dijera ó callara. Napoleon estaba perfectamente enterado de las condiciones del tratado de Potsdam y de los movimientos de marcha de los prusianos. Pero ninguna diversion que éstos operaran sobre Baireuth, Bamberg, Fulda, ó sobre otra ciudad cualquiera á que quisiera dirigirse el duque de Brunswick, podía hacerle vacilar ni un momento en su resolución de aniquilar en el campo de batalla á las fuerzas que se le oponían. Si conseguía este objeto, la guerra quedaba decidida y todas las diversiones resultaban inútiles.

Para dar la batalla decisiva, que le convenía librar lo mas pronto posible, había un medio sencillísimo: Napoleon debía hacer creer al joven emperador y á sus no menos jóvenes consejeros que deseaba la paz y abominaba la lucha. Obedeciendo á este astuto cálculo envió, en la noche del 28 de noviembre, al general Savary á las avanzadas enemigas para



suplicar al emperador Alejandro que le concediera una entrevista personal y un armisticio de veinticuatro horas. El emperador se negó á lo primero, pero envió á su ayudante general Dolgoruki, el cual en todos sus discursos solía mostrar un ardiente deseo de lucha y un indecible menosprecio hácia los franceses. Napoleón le preguntó el día 29 de noviembre: «¿Hasta cuándo hemos de estar combatiéndonos?» y habiéndole el príncipe contestado que esto no podía decirse en una sola palabra, repuso Napoleón. «¿Qué es lo que se quiere de mí? ¿Por qué me hace la guerra el emperador Alejandro? ¿Qué pretende? Si pudiera extender sus fronteras á costa de los vecinos, especialmente de Turquía, toda lucha con Francia quedaría terminada.»

El príncipe Dolgoruki contestó que el emperador Alejandro no trataba de engrandecer sus Estados y que no alimentaba tampoco odio alguno contra Francia, sino que le deseaba, por el contrario, toda suerte de prosperidades, pero que despues de haber empuñado las armas por defender la independencia de Europa no podía mirar indiferente la ocupacion de Holanda ni la miseria de la corte de Cerdeña, á la que se había arrebatado la mayor parte de sus provincias sin haberle dado las indemnizaciones que Francia le había prometido por medio de tratados. «Rusia debe emprender otra política, — contestó Napoleón, — y tiene que pensar en su conveniencia propia.»

Durante toda la entrevista, que duró una hora, Dolgoruki supo arreglárselas de manera que ni una sola vez dió á Napoleón el tratamiento de *majestad*, y á su regreso al campamento, hablando de la impresion general que le había producido cuanto había oído y visto, se expresó en los siguientes términos: «Todas las probabilidades de éxito están en favor nuestro; bastará que avancemos para que el enemigo huya, como lo hizo en Wischau (1),» añadiendo que había observado cierto abatimiento en las tropas y cierta angustia en el mismo emperador. Esta creencia era lo único que faltaba para consumir la desdicha de los rusos.

Las fuerzas ruso-austríacas que en 1.º de diciembre se extendieron por las alturas que se alzaban al Oeste de Austerlitz se componían de 80,000 hombres, entre los cuales solo había 15,000 austríacos (2). El centro de sus posiciones formábanlo la aldea de Pratze ó de Prätzen, situada en punto muy elevado, y las de Puntowitz y Kobelnitz, situadas debajo de aquella en los pantanos del Goldbach. El general Weyrother había trazado el plan de la batalla que debía librarse al día siguiente, y á media noche comunicó en Austerlitz sus órdenes á los generales que estaban al frente de las cinco columnas. Weyrother creía que el enemigo se situaría al Oeste del Goldbach, detrás de la cadena que formaban, de Norte á Sur, las aldeas de Bellowitz, Schlapanitz, Puntowitz, Kobelnitz, Skolnitzt y Tellnitz, y su plan consistía en atacar en las dos últimas de estas aldeas el extremo del ala derecha del enemigo. Tres columnas, la primera de las cuales iba mandada por el general Kienmayer, habían de pasar por este punto el Goldbach para unirse al otro lado y atacar violentamente el ala derecha enemiga, arrollando de esta suerte toda la línea hácia la izquierda, despues de lo cual la cuarta columna, á las órdenes de Kutusoff, debía descender de Prätzen, pasar el Goldbach por Kobelnitz y completar la derrota de los franceses. Napoleón, desde que se puso en marcha, en 1.º de diciembre, había adivinado el plan que se proponía el enemigo de atacar su ala derecha, y en su consecuencia resolvió dirigir un golpe decisivo contra las alturas de Prätzen para hacer fracasar aquella maniobra y decidir la batalla.

(1) Danilevski, págs. 220-221.

(2) Bernhardt: *Toll*, tomo I, págs. 157-158.

Napoleón, cuyo ejército se componía de 80,000 hombres (3), intentó la atrevida empresa de colocar, durante la noche, sus tropas al otro lado de los pantanos, torrentes y desfiladeros detrás de los cuales le creía el enemigo; pasó el Goldbach y el torrente de Bizker, y de esta suerte reunió en las aldeas de Girzikowitz, Puntowitz y Kobelnitz una formidable masa de combatientes (4) para atacar las alturas de Prätzen, al paso que en las aldeas de Sokolnitz y Tellnitz solo dejó las tropas suficientes para contener á los que le atacaran mientras él aniquilara el centro enemigo. La batalla del 2 de diciembre correspondió en un todo á los cálculos que había hecho.

A las diez de la mañana desapareció la espesa niebla que hasta aquella hora lo había envuelto todo. Al primer golpe de vista, vió Napoleón desde Schlapanitz á las tres columnas rusas marchando sobre Tellnitz y Sokolnitz, é inmediatamente dió orden á los mariscales Soutl y Bernadotte de que á la media hora comenzaran el ataque de Prätzen, en cuya operacion debían seguirles la caballería de reserva á las órdenes de Murat, los granaderos de Oudinot y la guardia imperial mandada por Bessières; Davout y Lannes debían permanecer en las dos alas hasta que estuviese asegurado el éxito en el centro.

La lucha entablada en Tellnitz y Sokolnitz para apoderarse del Goldbach había comenzado ya, y Kutusoff permanecía aun sin moverse en Prätzen: los fusiles de los soldados estaban todavía en pabellones cuando llegó el emperador Alejandro acompañado del emperador Francisco y rodeado de los generales Suchtelen, Araktcheyew, conde Liewen, Winzingerode, príncipe Sagarín y de los consejeros secretos príncipe Czartoryski, conde Strogonoff y Nowosiltzoff. «¿Por qué no os poneis en marcha, general? — preguntó el emperador. — Esperaba, — contestó Kutusoff, — á que todas las tropas de las columnas estuviesen reunidas. — No estamos, — repuso el emperador, — en el sitio del ejercicio, en donde se espera la llegada de todas las tropas para pasar la revista. Señor, — replicó el anciano general, — precisamente porque no estamos en una revista no he comenzado todavía. Por lo demás, V. M. puede dar sus órdenes (5).» Las órdenes fueron dadas, empuñáronse los fusiles y comenzó el descenso á la llanura; pero en el mismo momento en que los primeros batallones habían salido de la aldea vieron envueltos de muy cerca por un fuego terrible, que introdujo el desorden en las filas y obligó á las tropas á refugiarse de nuevo en la población. Este fué el principio de una lucha desesperada contra unas fuerzas muy superiores que, como si salieran de la tierra, brotaron por todos lados de entre la niebla, interceptando todos los senderos y sembrando por doquier la muerte y la desolacion así desde las alturas como desde los barrancos. De esta suerte fué tomada la altura de Prätzen, siendo completamente dispersado el cuerpo de ejército del general Kutusoff y decidiéndose la batalla con un poderoso ataque contra las fuerzas que mandaba Buxhowden en Tellnitz.

Los rusos dejaron en el campo de batalla 21,000 muertos y heridos y toda su artillería, que constaba de 133 cañones. Los austríacos perdieron 5,922 hombres. Por la tarde, el emperador Francisco envió á Napoleón al príncipe Juan Lichtenstein para pedirle una entrevista personal y un armisticio bajo promesa de firmar prontamente la paz.

En 4 de diciembre tuvo efecto la entrevista de los dos emperadores, y el resultado de sus dos horas de coloquio

(3) Bernhardt: *Toll*, tomo I, págs. 173-180.

(4) Bernhardt: *Toll*, tomo I, pág. 178.

(5) Relacion del testigo auricular príncipe Wolkonski, en Danilevski, pág. 245.

fué convenir en un armisticio con la doble condicion de que el emperador Francisco no consentiría la presencia de tropas extranjeras en sus Estados y de que el ejército ruso evacuaría el territorio austríaco; de modo que el emperador Francisco se obligaba, primero, á hacer salir á los rusos de sus Estados y segundo á no dejar que los prusianos entraran en ellos. Una vez firmado este armisticio, el emperador Francisco quedaba totalmente desligado de todo compromiso con Rusia y Prusia, y para el caso de que esta última potencia quisiera, fundándose en el tratado de Potsdam, acudir á su socorro, se obligaba á oponerse con la fuerza de las armas á que estos auxilios pasaran las fronteras del Austria.

Antes de que se firmara este armisticio, el general Savary y el general Stutterheim fueron por encargo de ambos emperadores á avistarse con el emperador Alejandro, con el cual se vieron, estando ya vestido, á las cuatro de la mañana del día 5 en Holitsch. Stutterheim, que fué el primero en ser recibido, pidió el asentimiento de Alejandro á las condiciones impuestas por Napoleón, á cuya petición contestó el emperador diciendo: «He traído á mi ejército para auxiliar al Austria y daré orden de que se retire cuando vuestro señor crea que no necesita ya de mis auxilios.» Luego llamó á Savary y le dió su palabra de que se llevaría de nuevo á sus tropas á Rusia. Enterado Napoleón de esta promesa, mandó hacer alto á sus columnas de marcha y recibió por segunda vez al príncipe Lichtenstein, con quien firmó el día 6 de diciembre el armisticio convenido. Además de la retirada de los rusos, exigió Napoleón que el emperador de Austria no pudiera hacer armamentos populares ni en Hungría ni en Bohemia, que ningun ejército pudiera pisar el territorio de la casa de Austria y que los negociadores de la paz se reunieran en Nikolsburg (1).

Al día siguiente de haber despojado á los vencidos en Austerlitz de todo socorro presente y futuro, impuso á las provincias del Estado imperial una contribucion de guerra que ascendió á cien millones de francos.

Este armisticio con tales condiciones trajo consigo la terminacion de la guerra y la disolucion de la alianza concertada en Potsdam: así nos lo demostrará el estudio de la influencia que ejercieron estos sucesos en Prusia.

En el palacio que el duque de Brunswick tenía en Berlín celebróse el día 9 de diciembre una conferencia de ministros y de generales, cuyos acuerdos demuestran cuán léjos estaban los consejeros del rey, política y militarmente, de considerar como concluidos los deberes contraídos en 3 de noviembre (2) por el simple hecho de haber ocurrido en el entretanto el desastre de Austerlitz. Todos ellos estaban perfectamente enterados de la magnitud de la derrota y comprendían que se había procedido muy á la ligera en comenzar el ataque antes de que hubiesen llegado al campo de batalla por un lado los prusianos y por otro el archiduque Carlos; mas á pesar de esto, el consejo, en el cual se encontraron el duque y los generales Mollendorf y Kockeritz con los ministros Hardenberg y Schulenburg, manifestó que el rey podía declarar á los dos emperadores «que estaba dispuesto á permanecer fiel á los deberes contraídos en 3 de noviembre y al sentido que de ellos se desprendía,» y «á hacer que sus tropas que se encontraban en marcha tomaran una direccion mas apropiada á las circunstancias, encaminándolas mas hácia la izquierda, que era donde estaba el mayor peligro, es decir, hácia Bohemia.» En cuanto al conde Haugwitz, debía contestarse á su memoria, fechada en 2 de diciembre, que una de las condiciones impuestas por Napoleón era de im-

posible cumplimiento, pues el rey no podía contener á los rusos, ingleses y suecos, en gran número reunidos en Hannover, en el caso de que éstos quisieran intentar un ataque contra Holanda, y que por lo que hacia á la otra era inútil, pues Hameln nunca había sido cercado por las tropas prusianas, las cuales habían abandonado ya el Hannover. En este sentido escribió, en 10 de diciembre, el rey una carta al emperador Alejandro (3), de que fué portador el coronel Phull, ordenando además que los ejércitos del duque de Brunswick y del príncipe Hohenlohe penetraran en Bohemia, donde podían juntarse entre el 3 y el 6 de enero (4).

Antes de que se pusiera en camino el coronel Phull, llegaron noticias que cambiaron por completo la faz de las cosas: tales fueron la de la entrevista del emperador Francisco con Napoleón, la del armisticio y la de la retirada de los rusos.

El día 15 llegó el general Stutterheim con una carta del emperador Francisco y el día 16 el príncipe Dolgoruki con otra del emperador Alejandro, y el día 19 el gran duque Constantino con una segunda misiva del emperador ruso. Esta última estaba fechada en Holitsch en (24 de noviembre) 6 de diciembre y decía que el portador iba «como testigo presencial de todo cuanto había acaecido y de la manera cómo hemos sido tratados. Es preciso haberlo visto para creerlo.» Fechada también el 6 de diciembre en Holitsch, recibió Alopens una carta de Czartoryski en que éste le decía: «Faltándonos como nos falta la cooperacion de una potencia principal, nada mejor puede hacerse para la tranquilidad de Europa que estar quietos, fortalecernos secretamente y esperar la marcha de los acontecimientos (5).»

A los dos mensajeros que llegaron con la primera noticia del armisticio preguntóles el rey por qué se había comenzado el ataque contra Napoleón sin esperar el momento cercano que se había previsto para la contestacion que aquel había de dar al conde Haugwitz; y por qué se había firmado, sin consultarlo previamente, un armisticio que le impedía hacer penetrar sus tropas en Austria. Añadióles que las órdenes oportunas para que sus ejércitos se pusieran en marcha habían ya sido firmadas y estaban á punto de ser remitidas al jefe del cuerpo de ejército (6).

Era evidente que ya no podía enviarse esta orden de marcha. ¿Qué debía, pues, hacerse? Tal era la triste cuestion sobre la cual se quebraban la cabeza en Berlín, cuando llegó una carta urgente del conde Haugwitz fechada el 16 de diciembre en Viena, en la cual decía éste que inmediatamente despues de haber llegado á aquella capital el emperador, había celebrado con él la primera de una serie de conferencias, cuyo resultado era de tal importancia que no podía confiarlo ni á la pluma ni á un mensajero, añadiendo que en seguida se pondría en camino y llegaría á Berlín á los pocos días de haberse recibido esta misiva y que entre tanto podían continuar las tropas en los mismos puntos en que se encontraban (7).

El día 25 de diciembre llegó el conde y presentó un tratado que había firmado en Viena el día 15, sin tener poderes ni encargo para ello, pero que no obligaba al rey si éste no quería aceptarlo. Si se negaba á aprobarlo, se consideraría que nada se había hecho, pero las consecuencias de esta negativa debían ser muy seriamente meditadas. Haugwitz tenía razon al decir, en su memoria de 26 de diciembre, al rey que solo podía escoger «entre aceptar el tratado tal como

(3) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 393.

(4) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 365.

(5) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 366-397.

(6) Danilevski, pág. 311.

(7) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 385.

(1) Garden, tomo IX, pág. 26. Martens: *Recueil*, t. XI, pág. 210.

(2) El protocolo en Hardenberg: *Memorias*, t. II, págs. 357-359.